

## LA SOLUCIÓN LAICA PARA PALESTINA E ISRAEL

Debo agradecer a Yoav Peled su recensión crítica de mi libro *The One-State Solution*<sup>1</sup>. Algunas de sus críticas contribuirán a animar el debate sobre la cuestión palestino-israelí, y, dado que éste era uno de los propósitos principales del libro, son bien recibidas. Aun así, su planteamiento refleja una debilidad habitual del debate sobre dos Estados / un solo Estado, al eludir las consecuencias reales de las pruebas que aportó. Aprovecha algunas afirmaciones sumarias de las primeras páginas con respecto a la solución de un solo Estado para concluir que mi argumentación es demasiado esquemática y que «la vida política real es un poco más complicada que todo eso». También considera mi amplio examen de la doctrina sionista «etéreo», demasiado preocupado por los «textos», y alejado de cualquier realidad útil. Acepta que la solución de dos Estados está «muerta», pero interpreta esto simplemente como una «derrota» palestina, sin reconocer sus consecuencias para el sionismo. Su respuesta parece sugerir que todas las opiniones están grabadas en piedra y que de hecho no cabe imaginar ninguna solución. ¿Es obligado ser tan fatalista? ¿Nos lo podemos permitir? La búsqueda de una solución equitativa sigue siendo tan urgente y legítima como siempre.

Peled parece eludir dos aspectos centrales del libro, así como su marco teórico: un primer propósito del libro, como reconoce, es explicitar las pruebas empíricas de que no existe en este momento una solución viable de dos Estados. Por eso ofrezco en los primeros capítulos una abundante muestra de «hechos sobre el terreno» relevantes: la realidad geográfica de la red de asentamientos coloniales –esa trama enorme y deliberadamente dilatada de ciudades de piedra y hormigón, barrios residenciales, zonas industriales y autopistas que ya ha descompuesto Cisjordania en cantones–, así como las redes sociales, políticas y económicas en que se apoya. Otro capítulo explora en detalle el respaldo, tácito o explícito, que las estrategias de anexión de Israel han recibido de Estados Unidos, y cómo se asegura políticamente ese respaldo mediante una malla de im-

---

<sup>1</sup> Virginia TILLEY, *The One-State Solution. A Breakthrough for Peace in the Israeli-Palestinian Deadlock*, Ann Arbor y Manchester, 2005. De aquí en adelante *The One-State Solution*.

portantes organizaciones de «investigación» y grupos de presión proisraelíes, coordinados con un conjunto de grupos pequeños pero activos a escala local, distribuidos por todo el país y que se movilizan regularmente para ejercer presión sobre el Congreso y los medios de comunicación. Peled ignora por completo ese material.

El objetivo de estimular el debate también vertebra un segundo aspecto del libro: despejar la discusión sobre la solución de un solo Estado para Israel / Palestina afrontando directamente lo que a mi juicio constituye su principal obstáculo político: el canon de afirmaciones desorientadoras y apabullantes desplegado por los grupos de propaganda sionista (como las federaciones sionistas locales o los «equipos de medios israelíes»). Como muchos de nosotros sabemos a nuestra costa, ese canon dificulta una reflexión pragmática y una discusión franca sobre la ficción –o falsedad, o estafa– representada por la «hoja de ruta». En particular, resulta casi imposible examinar la solución de un solo Estado sin incurrir en acusaciones sionistas orquestadas de antisemitismo<sup>2</sup>. La segunda mitad de mi libro analiza ese complejo sionista en sus dimensiones tanto sustantiva como divisoria, con la esperanza de que la exposición de esas ambigüedades contribuya a desbloquear los análisis sociales y políticos tan esenciales para la solución de un solo Estado, como afirma correctamente Peled.

Bajo este enfoque, que parece entrar en conflicto con el marco teórico preferido por Peled, también hay teoría política seria. El ámbito inefable de los valores y emociones envueltos en las identidades y mitos nacionalistas es crucial para la resolución de los conflictos étnicos. Ese ámbito de las creencias y las emociones puede parecerle a algunos «etéreo» –particularmente a quienes consideran que la lucha de clases es el único conflicto social «real»–, pero aun así suele tener considerables consecuencias políticas. El análisis de los discursos debe entenderse como complementario, más que alternativo, al enfoque socioeconómico; el alcance de uno no disminuye la importancia del otro. Dado que el sionismo y la solución de dos Estados existen como discursos, su análisis parecía pedir prioridad como etapa inicial. Si Peled no capta esos aspectos y la teoría que los sustenta, no es tan sorprendente que me acuse de algo muy alejado de mi intención.

Una de las críticas más sorprendentes de Peled es su afirmación de que me dirijo especialmente a los lectores estadounidenses<sup>3</sup>. Se equivoca. Como señalaba antes, pasa del todo por alto mi detallado examen de las razones por las que la política estadounidense en Oriente Próximo está estancada; tampoco responde a mi argumento de que ni Europa ni los Es-

---

<sup>2</sup> Un huracán de recriminaciones sionistas en la prensa sudafricana en noviembre del año pasado, suscitado por una reseña de mi libro, se cuenta entre las más recientes demostraciones de esto que digo.

<sup>3</sup> La única razón que puedo vislumbrar para ese juicio de Peled es el aval de Tony Judt en la cubierta del libro.

tados árabes poseen suficiente voluntad o capacidad para alterar la política estadounidense. Reconocer esas realidades políticas debería llevar a buscar la fuerza impulsora del cambio en algún otro lugar. La comunidad transnacional de los derechos humanos constituye quizá ahora el único agente capaz de crear un espacio político en el que la comunidad diplomática podría verse inclinada a considerar la solución de un solo Estado, por ejemplo mediante la campaña internacional de boicot y desinversión que está surgiendo de las redes de derechos humanos europeas, estadounidenses y sur-sur.

### *Niveles de apoyo*

Esa orientación internacional refleja también el carácter cada vez más global del debate. El mundo académico puede estar agravando la equivocación habitual, compartida por Peled, de que los argumentos en favor de la solución de un solo Estado sólo convencen a ciertos «intelectuales palestinos» (o universitarios en general). Mi propia experiencia reciente en Washington, Londres, Jerusalén, Belén, Budapest, Berlín y Pretoria, por no mencionar mi amplio activismo en internet, me han confirmado que la muerte de la solución de dos Estados se ha convertido en algo obvio para diplomáticos, activistas de derechos humanos y la «calle árabe», aunque nadie quiera hablar de ello. A juzgar por informes confidenciales, la idea de que la solución de un solo Estado se está haciendo inevitable circula dentro de la propia Autoridad Palestina (en diciembre de 2005 Saeb Erekat me dijo que él es el principal miembro de la Autoridad Palestina que se sigue oponiendo a la solución de un solo Estado, confirmando así indirectamente que hay quienes la propugnan).

Pero esa idea tampoco se limita a los palestinos: amplias capas de diplomáticos y otros funcionarios de los Estados europeos y las Naciones Unidas están discutiendo en privado la solución de un solo Estado. Además, algunos de los respaldos más elocuentes a esa solución provienen de destacados profesionales judíos, tanto en Israel como en el extranjero: Tony Judt, el rabino David Goldberg, Haim Hanegbi y Tony Lehman serían quizá los ejemplos más destacados. La amplitud de esa preocupación creciente se puede medir también por las irritadas denuncias de la solución de un solo Estado que emanan regularmente de instituciones oficiales israelíes y de organizaciones sionistas locales, las cuales seguramente no atenderían a los escritos de un puñado de «intelectuales palestinos».

Las encuestas de opinión asimismo complican el juicio de Peled de que la solución de un solo Estado carece de apoyo popular palestino o judío. Extrañamente para un estudioso de su talla y experiencia, Peled menciona las encuestas de opinión como si éstas proporcionaran una evaluación definitiva y absoluta de las perspectivas políticas para una solución de un solo Estado, deduciendo implícitamente que a mí se me escapan esos datos. Evidentemente, es esencial considerar la polarización judeo-israelí,

mostrada en las encuestas, sobre la retirada de los asentamientos y la antipatía judeo-israelí hacia los árabes, así como el hecho de que las preocupaciones judeo-israelíes con respecto a un eventual Estado binacional alimentan el apoyo judío a una solución de dos Estados<sup>4</sup>. Y también es cierto que los datos que indican un fuerte apoyo judío a la «transferencia», como la encuesta de opinión realizada por Asher Arian en 2003, son alarmantes y descorazonadores<sup>5</sup>. La encuesta de Sammy Smootha en 2005 citada por Peled se completó después de que se publicara mi libro, pero sus resultados son coherentes con datos anteriores que yo aporté referidos a las opiniones de los judíos israelíes y de los judíos estadounidenses<sup>6</sup>.

Pero al ofrecer su «pequeño experimento mental» para apoyar su afirmación de que «la gran mayoría de los judíos israelíes optaría por un Estado judío no democrático antes que por un Estado democrático no judío», Peled ignora mi estudio de esa cuestión<sup>7</sup>. En mi libro presento otra encuesta de Smootha, realizada en 1995, en la que los judíos israelíes respondían a la pregunta: «¿Qué preferiría usted en caso de que el carácter democrático-igualitario del Estado entrara en contradicción con su carácter judío-sionista, y usted se viera obligado a elegir entre ellos?». Casi el 22 por 100 respondió que «sin duda» apoyaría su carácter democrático-igualitario, mientras que el 24 por 100 pensaba que lo haría pero «no podía estar seguro»; otro 30 por 100 declaraba que apoyaría un Estado judío pero no podía estar seguro, de lo que se deduce que sólo una quinta parte de los judíos israelíes estaba convencida de que el carácter judío-sionista del Estado era su primera prioridad. No es sorprendente que esas opiniones se hayan modificado dramáticamente durante la última década; pero esa misma fluidez sugiere que la xenofobia judía es sensible al contexto político y que, en condiciones más favorables, podría responder positivamente a un movimiento tendente a crear un nuevo espacio para el debate sobre la solución de un solo Estado. Al llevar a cabo su «experimento mental», Peled debería haber considerado estos datos. Al menos, cualquier historiador del nacionalismo estaría de acuerdo con mi comentario final de que «naciones enteras se han imaginado y creado a partir de una base social menor que ésta».

### *Puntos de vista palestinos*

La evidente sensibilidad de la opinión pública judía hacia el entorno político debería llevarnos a valorar con cierto cuidado la información procedente de encuestas en ambos bandos. Peled alude a los datos de mi Apéndice B, que muestran que en 2003 alrededor de una cuarta parte de los palestinos apoyaba firmemente un Estado «binacional», mientras que otro 10

<sup>4</sup> Tilley, *op. cit.*, pp. 58, 65 y 167.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 257.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 244, 249.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 232.

por 100 apoyaba un Estado unitario de algún tipo. Esas cifras sostienen la afirmación de Peled de que la gran mayoría de los palestinos prefiere actualmente la solución de dos Estados, pero no parece tener en cuenta mi observación sobre las dificultades para interpretar tales encuestas. La discusión pública acerca de la solución de un solo Estado no es nada fácil en los Territorios Ocupados, ni siquiera en la diáspora palestina, porque se considera (con razón) subversiva para la diplomacia de la Autoridad Palestina e incluso para su propia existencia (tal como se estableció por los acuerdos de Oslo como agencia palestina encargada de poner en práctica la solución de dos Estados). Al no darse tal discusión pública entre los palestinos, el propio significado de la expresión «Estado binacional» permanece opaco y carece de consenso público. Lo que los encuestados palestinos puedan entender en sus respuestas a las encuestas de opinión sobre esa cuestión es, por lo tanto, totalmente nebuloso. Unos u otros podrían preferirlo si quedara definido para ellos con algún detalle, aunque ni siquiera entre los entendidos goza actualmente de consenso ninguna definición.

Además, es una realidad política obvia que los palestinos de los Territorios Ocupados viven todavía en un ambiente dominado por la norma colectiva urgente –como en cualquier movimiento revolucionario– de mantener la unidad política en torno a sus líderes; de ahí que sea cuando menos razonable sospechar que si apoyan la solución de dos Estados en las encuestas es porque ésa es la línea del partido, o, dicho de otro modo, lo «políticamente correcto». Con esto no quiero decir que los datos de las encuestas sean equivocados, ni que las opiniones de los palestinos no se hayan endurecido desde el desastre de Oslo hasta el punto de que la coexistencia con «los judíos» se ha hecho inimaginable, o incluso anatema, para la mayoría; pero sugiere que el apoyo del 25 por 100 de los palestinos a la solución de un solo Estado en esas condiciones tan negativas es de hecho formidable, y que podría indicar un sentimiento mucho más amplio en favor de un Estado unificado. De forma parecida, dado que los judíos israelíes afrontan serias sanciones sociales contra la mera mención de la solución de un solo Estado, y que el gobierno israelí mantiene el monopolio sobre lo que trasciende a sus ciudadanos (por ejemplo, instilando el mito hegemónico del rechazo de Arafat en Camp David), que sean relativamente pocos los judíos israelíes que apoyan la solución de un solo Estado no determina lo que podría emerger en circunstancias políticas diferentes. Las pruebas exigen, al menos, una precaución mayor que la que muestra Peled cuando argumenta que el rechazo judío o palestino a la solución de un solo Estado debería considerarse definitivo. La opinión popular puede cambiar espectacularmente a medida que se generalice el reconocimiento de la muerte de la solución de dos Estados.

### *Obstáculos incommovibles*

La focalización por parte de Peled en el apoyo popular, empero, elude el principal argumento presentado en mi libro. Se podría concluir, como él

sugiere, que la solución de un solo Estado sería satisfactoria en una ficción soñadora, pero que sigue siendo inviable en la realidad. No obstante, yo intento demostrar lo contrario: que es la solución de dos Estados la que se ha convertido en una ficción inviable. Los argumentos morales en favor de la solución de un solo Estado deben, por lo tanto, cobrar nuevo valor no sólo porque podamos desear que prevalezcan, sino porque deberíamos sentirnos obligados a evitar un futuro desestabilizador y peligroso de bantustanes o *apartheid*. Pero Peled, tras reducir varios cientos de páginas sobre este argumento a sólo dos dimensiones –que las colonias [en Cisjordania] no tienen vuelta atrás y que el problema del agua es insoluble–, encuentra débiles ambas.

Para rebatir mi argumentación de que los asentamientos coloniales son irrevocables, Peled se centra en las opciones diplomáticas citando brevemente varios «planes» de retirada que (según él) ofrecen «escenarios optimistas». Para hacerlo, empero, debe ignorar el denso cuerpo de pruebas empíricas contempladas en el libro, que caracterizan esos planes como logísticamente inviables o como simples fraudes. Como demuestro, una constelación estratégica de factores cimienta la red de asentamientos en Cisjordania y su población de medio millón de colonos judíos. Entre esos factores menciono su valor económico (cientos de miles de millones de dólares de inversión pública y privada); su peso demográfico (cientos de miles de colonos en Cisjordania y Jerusalén este, de los que sólo un pequeño porcentaje está formado por fanáticos religiosos); su importancia política (al polarizar al electorado israelí de forma que éste haría caer cualquier gobierno que intentara la retirada); su influjo ideológico (al formar parte de las ideas sobre el «regreso» judío a la patria bíblica, tanto en el discurso nacionalista laico como en el nacionalista religioso); y una desmayada comunidad internacional, debilitada por el monopolio diplomático estadounidense.

Sobre la voluntad política precisa para dismantelar los asentamientos, por mi parte argumento que la interrelación de todos esos factores bloquea todas las opciones de retirada, al constituir un monstruo político que ni siquiera el gobierno israelí mejor intencionado podría afrontar. Pero nada de eso parece entrar en la sorprendente afirmación de Peled de que el gobierno de Sharon refutó mi conclusión; a su juicio, la retirada de los asentamientos judíos de la franja de Gaza mostró abundante voluntad política. Está claro, como detallo en mi libro, que Cisjordania y la franja de Gaza ocupan lugares muy diferentes en la política y la economía de Israel, por no mencionar los discursos sionistas sobre la patria judía histórica (bíblica) o ideas hegemónicas sobre la seguridad nacional israelí. Además, el hecho de retirar a unas 7.500 personas de unas pocas comunidades-dormitorio con invernaderos desmontables difícilmente se puede comparar con el desplazamiento del complejo de grandes ciudades, sus zonas industriales y el medio millón de residentes ahora atrincherados en Cisjordania y Jerusalén este. Parece poco razonable, por lo tanto, que Peled se limite a afirmar que la retirada orquestada por Sharon de la franja de Gaza, el 0,2

por 100 de la Palestina histórica, demuestra que «se han satisfecho las condiciones» para una retirada parecida de Cisjordania. Si rechaza mi análisis de esa disparidad, al reseñar mi libro debería al menos mencionarlo.

Por el contrario, Peled dice que yo sólo ofrezco un «escenario pesimista» para la solución de dos Estados al mantener que se encuentra involucrado medio millón de colonos. Argumenta que los «planes» de Clinton, Taba y Ginebra proponían todos ellos una solución viable de dos Estados que «habría supuesto el desplazamiento de tan sólo unos 80.000 colonos». Pero planes política y económicamente irrealizables no se pueden considerar «escenarios optimistas». Ninguno de esos «planes» tenía ni un soplo de vida real. Autopsias bien fundadas, como *The Truth About Camp David*, de Clayton Swisher<sup>8</sup>, han demostrado que las negociaciones de Oslo y Camp David eran poco más que farfolla y faramalla diplomática para distraer la atención de la construcción de asentamientos por parte de Israel. Pero incluso si atribuimos viabilidad política a esos planes, ninguno de ellos habría evitado que Cisjordania quedara dividida en bantustanes insostenibles. La puntillosa retórica de Madeleine Albright y otros –«92 por 100» o «96 por 100»– no reconocía que estrechas cuñas de soberanía israelí profundamente insertas en el territorio de Cisjordania lo trocearían tan eficazmente como cuñas más amplias. Peled no reconoce este problema geográfico pese a mi atención explícita, ilustrada por mapas de todos esos planes.

El Acuerdo de Ginebra, que Peled menciona también como un «plan», nunca entró realmente en las intenciones de Israel: era una iniciativa disidente denunciada por los gobiernos israelí y estadounidense, desarrollada fuera de la órbita de la diplomacia estatal. Aun así, hay quienes creen que ofrecía un plan viable que un futuro gobierno israelí podría adoptar en un estallido de interés propio ilustrado. Una crítica del Acuerdo de Ginebra queda más allá del ámbito de este artículo, pero puedo reiterar la razón que yo aducía para tratarlo tan brevemente en el libro: que difería a un «Anexo X» –nunca escrito– precisamente los obstáculos a las conversaciones sobre el «*status* final» que Israel ha presentado para cada plan. Incluso descartaba unilateralmente lo que todavía sigue siendo una reivindicación palestina no negociable, el derecho al regreso de los palestinos exiliados. Si un plan semejante fuera suficiente, tendríamos paz desde hace décadas. Me parece sorprendente que gente tan inteligente y responsable haya considerado Ginebra como un importante paso adelante cuando su carencia de sustancia lo caracteriza como poco más que una quimera bienintencionada. Su única contribución importante fue contrarrestar seriamente la afirmación israelí de que los palestinos no ofrecían «un interlocutor para la paz»; un buen tanto, pero limitado por la carencia de un sostén amplio para el Acuerdo que tampoco es sorprendente, dados sus fallos fundamentales.

---

<sup>8</sup> Clayton SWISHER, *The Truth About Camp David. The Untold Story About the Collapse of the Middle East Peace Process*, Nueva York, 2004.



Un futuro «Estado palestino» tal como sugiere el trazado del Muro de Separación de Israel y la red de asentamientos. © Palestine Mapping Center, 2003.



Todos los «planes» considerados por los diplomáticos del gobierno israelí durante los procesos de Oslo y Camp David se revelaron como gestos vacíos –o fraudes absolutos– por el simultáneo crecimiento de los grandes asentamientos coloniales en Cisjordania, que duplicaron su población durante ese periodo. Las afirmaciones públicas de los gobiernos de Sharon y Olmert han confirmado lo que sus documentos de planificación internos vienen indicando durante décadas: las intenciones del gobierno de anclar permanentemente los grandes asentamientos en el paisaje de Cisjordania. La ruta del Muro ha demostrado, con nuevos detalles, la intención de Israel de anexionarse alrededor del 45 por 100 de Cisjordania. De hecho, Peled se ve obligado a olvidar las pruebas materiales que ahora brillan en los cerros de Cisjordania –masivos complejos de apartamentos y centros comerciales, coronados con gigantescas grúas que los van ampliando sin cesar, extendiéndolos por todo el paisaje– para hacernos creer que cualquiera de esos «planes» era algo más que pura fachada diplomática.

### *Planes de desalinización*

La cuestión del agua –a la que Peled concede más peso que el que yo misma le daba en mi argumentación– es más técnica, aunque aquí los analistas no se muestran de acuerdo. Lamento, por lo tanto, que Peled haya optado simplemente por descartar las sobrias advertencias procedentes de una miríada de analistas independientes –desde el Instituto de Estudios Estratégicos y Políticos Avanzados hasta el Instituto de Investigación Aplicada de Jerusalén, pasando por el MIT<sup>9</sup>– como un «espantajo utilizado por la derecha israelí». En cambio, sólo cita un estudio interesante pero marginal de Jan Selby, que minimiza el problema del agua a diferencia de la mayoría de los analistas. Selby tiene razón en dos aspectos: Israel no iría a una guerra sólo por el agua (aunque esto no se argumenta nunca) y la desalinización es una forma de resolver la creciente escasez; está, de hecho, en la agenda. En 2000, el gobierno israelí aprobó un «Plan Maestro» de desalinización para establecer cuatro plantas a lo largo de la costa mediterránea, que cuando se haya completado producirá, según se espera, cerca de 500 millones de metros cúbicos anuales. En relación con el PNB israelí los costes pueden parecer asumibles, aunque son ciertamente mayores que lo que estimaba Saul Arlosoroff: alrededor de mil millones de dólares, a juzgar por los costes de la nueva planta en Ashkelon<sup>10</sup>. Sin embargo, el Plan Maestro sigue siendo un «escenario optimista»: la economía israelí se está recuperando, pero

<sup>9</sup> Véase, por ejemplo, Steven PLAUT, «Water Policy in Israel», *Policy Studies* 47 (julio 2000), Institute for Advanced Strategic and Political Studies; para un examen crítico y fuentes, véase Tilley, *op. cit.*, pp. 62-64.

<sup>10</sup> La planta de Ashkelon, que costó en total 250 millones de dólares, está destinada a producir anualmente alrededor de 100 millones de metros cúbicos de agua dulce, una quinta parte de la recarga acuifera de Cisjordania y entre el 5 y el 6 por 100 del consumo anual actual de Israel.

mil millones de dólares para tales plantas no es precisamente un precio «barato» y podría ser difícil de cubrir.

El propio plan de desalinización israelí refleja otra realidad: que el déficit es mayor que los 100 millones de metros cúbicos supuestos por Arlossoff. Dada la grave contaminación del acuífero costero y la caída del nivel del lago Tiberíades a mínimos peligrosos, las plantas de desalinización tenderán a sustituir los decrecientes recursos de agua dulce para la creciente población de Israel, más que a completar los recursos existentes. Además, el creciente empleo de la desalinización elevará el coste del agua, sometiendo a tensiones los presupuestos de la industria. Los acuíferos de Cisjordania seguirán siendo, por lo tanto, indispensables a medio plazo para el abastecimiento permanente de Israel. Entregar a los palestinos el agua barata de Cisjordania –500 millones de metros cúbicos anuales de la mejor agua del territorio, un tercio de las necesidades actuales de Israel– es algo que no se halla, evidentemente, en la agenda.

La decisión de financiar plantas de desalinización puede también tambalearse debido a otro «hecho sobre el terreno»: la extensión geográfica de las grandes colonias en Cisjordania es estratégicamente coherente con la red de estaciones de bombeo israelíes para sacar agua de Cisjordania (superponiendo un mapa de los actuales bloques de asentamiento sobre un mapa de los pozos y estaciones de bombeo queda inmediatamente clara esa relación). De aquí que, si «los planificadores israelíes no consideran ya el agua como una cuestión clave para las negociaciones con los palestinos», como argumenta Peled (citando a Selby), es porque la cuestión ha sido ya decidida. Los negociadores palestinos, considerando el agua como un epifenómeno del control de la tierra en Cisjordania, puede que la trataran como una cuestión secundaria en Camp David, pero su personal técnico no se ha conformado con la oferta de una planta de desalinización en el Mediterráneo que proporcionaría agua dulce a Cisjordania mediante un acueducto. Una razón de ello es que ese plan promete sustituir únicamente el 10 por 100 del agua de Cisjordania que la política de ocupación israelí ha dejado a los palestinos, lo cual representa una mínima parte de lo que realmente necesitan. La segunda razón es que esa dependencia es aterradora: depender del agua dulce de la planta, y de la experiencia y la buena voluntad de un vecino históricamente hostil, no es una perspectiva bien recibida por ningún Estado, particularmente cuando ese vecino se ha apropiado unilateralmente de los acuíferos locales. A la luz de la estrategia israelí de mantener geográficamente aislados los cantones palestinos y dependientes, por lo tanto, de la voluntad israelí, el agua sólo supone un mecanismo más de los muchos que aseguran esa vulnerabilidad.

### *Bloques étnicos*

En su obstinación en torno a esta cuestión técnica, Peled roza una cuestión de mayor importancia política. En su opinión, los palestinos, en tan-

to que tales, obtendrían «soberanía sobre todo el país», una perspectiva que –ya se trate del agua o de cualquier otra cosa– los sionistas evidentemente rechazarían. En esa afirmación, Peled reproduce la clásica tesis sionista de que identidades como la «palestina» serían rasgos permanentes de una solución de un solo Estado, que afianzarían patrones duraderos de voto étnico mutuamente hostil. Aunque insiste en la primacía de los antagonismos de clase, Peled no cree que la democracia pueda dar lugar a que los intereses de clase y otros atraviesen y erosionen los límites de los bloques etno-nacionalistas –judío y palestino– establecidos, por no hablar de que pueden surgir nuevos colectivos sociales. Por ofrecer un «experimento mental» de otro tipo: no es inimaginable que, en una democracia laica, algunos musulmanes y judíos puedan hacer causa común para poner freno al extremismo religioso del gobierno. Judíos *mizrahim* [orientales] prósperos de clase media podrían formar coaliciones con árabes de clase media para hacer frente a sesgos racistas antiárabes de la vida nacional israelí. Árabes israelíes de Galilea podrían colaborar con las comunidades judías vecinas para mitigar el impacto económico del regreso de los palestinos exiliados en los campos de refugiados del Líbano. La propia categoría de «palestino» podría desleírse en sus viejas subdivisiones sectarias y de clase, que a su vez se vincularían con intereses israelo-árabes parecidamente divididos. Todas esas posibilidades están de nuevo abiertas para el estudio y quizá incluso para el activismo.

Paradójicamente, la misma premisa –que las identidades etno-nacionalistas permanecerían polarizadas– parece también vertebrar el argumento de que una democracia laica dislocaría *ipso facto* el «hogar nacional» judío. Ahí su desdén hacia mi argumentación es más culpable, porque poner a prueba esa suposición era mi principal propósito en la última parte del libro, que Peled menosprecia como embebida de «textos», cuando ese examen constituye una tarea básica de cualquier estudio de un conflicto étnico: si queremos evaluar cómo afectaría la democratización a los intereses étnicos, debemos primero conocer cuáles son esos intereses. Para entender cómo afectaría la unificación al «hogar nacional judío», debemos preguntarnos cuáles son verdaderamente la naturaleza, la misión y las necesidades de ese «hogar nacional», y analizar con más detalle por qué y cómo la gente entiende que la estatalidad judía proporciona las condiciones necesarias para ellas.

Este esfuerzo no es en absoluto un proyecto enrarecido de «transformar» la sociedad israelí «mediante la correcta interpretación de los textos». En la práctica, el rechazo popular judío hacia la solución de un solo Estado deriva su lógica y pasiones de una red de polémicas y aforismos sionistas sobre la supervivencia y el bienestar nacional judío. Especialmente importante es la narración sionista clásica, según la cual un movimiento nacional judío amante de la paz pobló y modernizó los desiertos áridos y vacíos de la patria bíblica judía, pretendiendo una coexistencia pacífica que los árabes atrasados y antisemitas rechazaron irracionalmente, por lo que se vio obligado a defenderse contra el ataque de «cinco ejércitos árabes»; hoy

día (prosigue esa narración), el Israel democrático se ve todavía rodeado por vecinos árabes cuya ardiente hostilidad se ve impulsada únicamente por el antisemitismo, y sigue siendo un santuario vital para los judíos que en todas partes afrontan incipientes amenazas antisemitas. Todas estas creencias descansan en mitos y tautologías históricas, pero constituyen una concepción del mundo –y generan temores reales– que debemos considerar seriamente a fin de facilitar la disposición de sus adeptos a revisarla.

Cultivar esa disposición es de hecho muy difícil, y no sólo porque la sociedad judeo-israelí mantenga, como es sabido, muchas proscipciones normativas al respecto de una discusión seria del propio sionismo; pero Peled se muestra a un tiempo altanero y vano al asegurar que el público lector «no tiene paciencia para un análisis real de la sociedad israelí y de sus problemas», ya que, además, la disposición para afrontar temas desagradables o temidos suele incrementarse, en cualquier sociedad, en situaciones de crisis. Si los israelíes se ven llevados a reconocer que afrontan precisamente ese tipo de crisis –a lo que apuntan las pruebas empíricas cuyo conocimiento se les veda–, puede aparecer la «paciencia» requerida. En segundo lugar, el rechazo popular a afrontar el resultado desastroso de una ideología nacionalista muy querida difícilmente puede legitimar las reticencias internacionales al respecto. Aun si el debate doméstico en Israel permanece estancado, un público más amplio debe reflexionar no obstante francamente sobre si el hogar nacional judío requiere de hecho un *Estado* judío, a fin de clarificar sus propias obligaciones morales y políticas hacia los argumentos sionistas.

### *¿Hogar nacional o Estado?*

Las entrevistas y el examen de las publicaciones sionistas dejan claro que la preocupación sionista por preservar un Estado judío se basa en gran medida en una premisa central: sólo el control judío sobre el Estado puede preservar la mayoría étnica considerada esencial para asegurar el hogar nacional judío. La preocupación central es de hecho un «hogar nacional», entendido como el crisol de la cultura nacional judía, vital para proporcionar un santuario a la diáspora judía, y considerado a veces como esencial para reconstruir la práctica religiosa (o espiritual) judía. Pero los argumentos sionistas en favor de un Estado judío manifiestan equiparaciones poco claras entre nacionalidad y estatalidad (muchos gente suele confundir «Estado» y «nación»). Tampoco están familiarizados con la profunda transformación que ha experimentado el concepto «Estado-nación» durante el último medio siglo, desplazándose de premisas étnicas a otras cívico-territoriales. En consecuencia, los sionistas no entienden que Israel se ha convertido a este respecto en un residuo atávico; un «anacronismo», en palabras de Judt. Suponen que un Estado étnico proporciona condiciones esenciales para la vida étnica, aunque tales condiciones se vean satisfechas en otros lugares, y con menos riesgo de confrontación, por Estados democráticos neutrales.

De ahí que los argumentos en favor de un Estado judío sean internamente muy complicados, contruidos a partir de creencias circulares y a veces contradictorias sobre el sistema internacional y sobre una memoria colectiva mítica de la experiencia judía y sionista.

El propio Peled, en cambio, asegura que sólo hay dos principios irrenunciables para el «hogar nacional judío»: la inmigración judía a Palestina [*aliyah*] y el control judío sobre la tierra. Pide «valor» a los proponentes de la solución de un solo Estado para que acepten que, sin la estatalidad judía, esos privilegios étnicos se evaporarían, y junto a ellos el «hogar nacional» judío. Pero fue exactamente ese tipo de proposición opaca y reduccionista la que propició la exploración más a fondo que intento en *The One-State Solution*. ¿Por qué deberíamos conceder fuerza a ese argumento cuando ni siquiera sus proponentes aclaran su lógica interna? ¿Por qué, exactamente, dislocarían el hogar nacional judío los cambios en la Ley del Retorno? Peled no lo dice. ¿Disolvería *por sí misma* la eliminación de esa ley o su reforma la vida nacional judía para una población judeo-israelí que ya cuenta con más de cinco millones de miembros, y que mantiene una sofisticada literatura nacional y medios de comunicación, artes vigorosas y una robusta cultura política? Es difícil defender tal afirmación. De hecho, en parte por el hartazgo de los *sabras* [judíos nacidos en Israel] hacia los colonos extremistas nacidos en Estados Unidos, los propios judíos israelíes han realizado ya debates públicos sobre la interrupción del *aliyah* (al menos como programa deliberado de reclutamiento), modificando la Ley del Retorno o disociando a Israel más sustantivamente de su interdependencia con la diáspora judía. Hasta Hannah Arendt, a la que tanto Peled como yo citamos, matizó su comprensión de la emigración judía como «limitada en número y en tiempo».

De ahí que podamos examinar con más detalle cuestiones como la «inmigración judía» para ver cuáles son las principales preocupaciones y si se podrían resolver mediante una Constitución que asegure un gobierno no discriminatorio. Una de las afirmaciones más sorprendentes de Peled es que el *status* jurídico de Israel como «Estado judío y democrático» se ve confirmado por su Constitución, cuando todos sabemos que Israel carece de Constitución; su carácter étnico está confirmado por varias Leyes Básicas. ¿Podría una verdadera Constitución, elaborada mediante un proceso consultivo colectivo, satisfacer los elementos centrales de la fórmula «judío y democrático» en un Estado democrático laico? Una preocupación central es que Israel constituye el santuario en última instancia para los judíos, en caso de un brote calamitoso de antisemitismo. Pero, en cuanto asilo, la Ley del Retorno no tendría por qué ser eliminada y bastaría con enmendarla. Peled también se equivoca al afirmar que la Ley del Retorno conlleva la ciudadanía para los inmigrantes judíos en cuanto llegan. La concesión de la ciudadanía está regulada de hecho por la ley correspondiente, que entre otras disposiciones garantiza el derecho a la ciudadanía a quienquiera que llegue a Israel acogiéndose a la Ley del Retorno. En la solución de un solo Estado, de forma coherente con el principio de no

discriminación, la nacionalización se podría separar de la Ley del Retorno, o ésta se podría hacer étnicamente neutral aunque siguiera sirviendo a la finalidad de mantener un santuario judío, convirtiéndola en Ley de Asilo, señalando el racismo como causa suficiente para otorgar el asilo y (si se considera necesaria la redundancia) especificando que el antisemitismo es una forma de racismo.

Como corolario, empero, habría que proscribir los programas deliberados de agencias estatales para alentar la inmigración sobre la base de la etnicidad. Por ejemplo, Peled lleva razón al observar que los palestinos querían sin duda «equilibrar [la Ley del Retorno] con una ley de retorno propia»; pero no hay por qué suponer que eso propiciaría una nueva rivalidad étnica. El regreso de los refugiados palestinos –una etapa necesaria y difícil del proceso de normalización– se podría gestionar bien mediante una legislación temporal, bien mediante una disposición constitucional para la nacionalización basada no en la etnicidad, sino en la indigeneidad (orígenes familiares en el territorio, adecuadamente documentados). De forma parecida, la propiedad de la tierra debería separarse de cualquier privilegio étnico, para evitar las ambiciones palestinas rivales que predice Peled.

### *¿Amenaza demográfica?*

Por supuesto, la democracia no amenazaría con cualquier ley aislada el hogar nacional judío. Como señala Peled, el temor real es la supuesta «amenaza demográfica»: que los árabes musulmanes y cristianos se conviertan en mayoría y lleguen a controlar el gobierno, hasta el punto de perjudicar los intereses judíos o perseguir a los judíos. Desde una perspectiva popular, ese temor es del todo comprensible, aunque discutible, como examino con detalle en el libro. Pero su evocación por intelectuales como Peled es menos defendible, porque se basa en varias premisas dudosas. En primer lugar, supone que los «palestinos» seguirían constituyendo un bloque electoral incommovible. En segundo lugar, no tiene en cuenta que ni judíos ni palestinos aceptarían un Estado único que no ofreciera las más robustas garantías constitucionales frente a la discriminación étnica. Generar una auténtica Constitución que goce de una amplia legitimidad popular (como se hizo en Sudáfrica) sería esencial para una solución estable que apostase por un solo Estado.

En tercer lugar, Peled supone que los propios palestinos no apoyarían tal Constitución, aunque su supervivencia sería claramente esencial para el éxito económico y político del país. El racismo inherente a esa suposición es obvio: insinúa que los árabes son incapaces de visión a largo plazo y que por el contrario, como en la fábula del escorpión y la rana, estarían dispuestos a ahogarse por su propio «carácter». Esa idea se aloja incómodamente en la afirmación de Peled de que «si los palestinos se salieran con la suya» se apoderarían del agua, la tierra, el sistema legal y todo lo

demás tan caro a los judíos, y destruirían el hogar nacional judío inmediatamente o por etapas.

Aunque objete las suposiciones demasiado simples de Peled sobre una permanente hostilidad palestina en bloque, estaría ciertamente de acuerdo en que la identidad palestina seguirá estando marcadamente presente. Especialmente a corto plazo, los agravios históricos de los palestinos seguirán siendo políticamente decisivos y requerirán compromisos difíciles; pero los dos bandos son igualmente capaces de compromisos, y no sólo porque ambos estarán motivados por un interés racional. Por ejemplo, con respecto a retos como el regreso en masa de los palestinos, todas las partes tendrán gran interés en mitigar las inevitables tensiones socioeconómicas y políticas. Ahí se presenta el problema de que iniciar negociaciones hacia tales soluciones requiere cierto trabajo preliminar para asegurar su éxito. Por ejemplo, los temores judíos a un regreso palestino en masa reflejan el recelo a verse inundados por millones de retornados, pero no está claro lo «masivo» que sería ese regreso. Muchos palestinos de los campos de refugiados en los Estados vecinos desearían ciertamente regresar tan pronto como sea posible, pero hay millones de palestinos que se han construido una vida decente en algún otro sitio, con vínculos familiares y negocios que quizá desearían mantener.

Entrar en tales especulaciones aquí no equivale, por supuesto, a una seria consideración de la política palestina, y quizá mi decisión de minimizar el estudio de las opiniones palestinas en *The One-State Solution* fue inadecuada, por varias razones. En primer lugar, puede agraviar a los palestinos al suprimir tácitamente de la ecuación su política e intereses. En segundo lugar, la política palestina se desarrolla en interacción dialéctica con el pensamiento político judeo-israelí, de forma que no se puede realmente analizar una sin el otro. En tercer lugar, los sionistas suelen justificar las iniciativas israelíes reduciendo la intrincada política palestina a códigos en bruto como el terrorismo. La retórica sionista apunta cada vez más a Hamás a fin de legitimar el rechazo del gobierno israelí; pero el propio Hamás es un movimiento complejo e internamente fraccionado, cuyos intelectuales forcejean seriamente con el flujo interno, ideológico y político, asociado a su inesperada obtención de una mayoría parlamentaria. La alusión alarmista de Peled a Hamás revela esa complejidad, particularmente en el *non sequitur* que equipara su participación en las elecciones de enero con una falsedad intrínseca de los valores democráticos palestinos. Contrariamente a lo que parece deducirse del texto de Peled, yo no llamé a Hamás «movimiento islámico atterradoramente totalitario» cuando expresé mi preocupación por el «aterrador avance de doctrinas islámicas totalitarias»<sup>11</sup>.

---

<sup>11</sup> Tilley, *op. cit.*, p. 203.

## ¿Binacionalismo?

En cuanto a mi supuesta falta de atención hacia el «hogar nacional» palestino –preocupación que el propio Peled confina a una nota a pie de página–, la razón era doble: en primer lugar, los palestinos no temen que una solución de un solo Estado en el territorio del antiguo mandato británico pudiera llegar a erradicar ese hogar nacional. Sus ciudades y pueblos están localizados allí, sus redes sociales, económicas y políticas están insertas allí, y su identidad colectiva y su ideología nacionalista están centradas allí. Además, la preocupación de que la coexistencia étnica pudiera poner en peligro ese hogar nacional no acosa al nacionalismo palestino como acosa al pensamiento sionista. La identidad «palestina» ha sido siempre multisectorial y multiétnica, al estar basada en la indigeneidad con respecto a un territorio cuya población siempre ha incluido cristianos, judíos, drusos y otros. Siempre ha sido la lógica de limpieza étnica del sionismo la que ha amenazado a los palestinos. Esta amenaza desaparecería si se alcanzara una solución estable de un solo Estado.

En segundo lugar, por mi parte, encuentro inadecuada la idea de un Estado binacional y no me siento obligada a defender derechos etnonacionales simétricos. Ahí me alejo de muchos otros que, cuando escriben sobre la solución de un solo Estado, creen que sería justo y necesario para los nacionalismos judío y palestino disfrutar de privilegios o garantías constitucionales explícitos. Temo que inscribir esas nacionalidades en la Constitución crearía incentivos para aprovecharse de ellas. Aunque un Estado democrático laico debe proporcionar a todos los grupos las condiciones para una vida étnica rica y satisfactoria, cierto grado de fluidez –identidades intermatrimoniales y multiétnicas– será también vital para evitar el reduccionismo que ha asolado países como el Líbano. Asegurar derechos iguales y un *status* normativo a los ciudadanos que no pertenezcan a una u otra nacionalidad es también importante para una democracia duradera. De ahí que, en mi opinión, una solución estable de un solo Estado para Israel / Palestina debería permitir la libre prosecución de la vida étnica, pero también evitar cualquier discriminación –formal o informal– de individuos y grupos que traten de formar nuevas identidades, según sus gustos e intereses.

El lenguaje de la binacionalidad reifica las identidades ahora rivales, por lo que podría obstaculizar tal fluidez, alimentando tendencias a preservar y reforzar, más que a suavizar, las actuales fronteras nacionales. De hecho, como asegura Azmi Bishara, los propios palestinos no han buscado nunca una solución binacional, y ésa parece la única razón por la que nunca respaldaron el programa del *Ijud* [Unión, en hebreo] durante la década de 1930. Peled me reprende en otra nota a pie de página por ignorar la «indiferencia» palestina hacia las propuestas binacionales de gente como Martin Buber, pero omite mi referencia (que reconozco breve) a esa cuestión<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 200.



Más importante me parece que también omita mi subsiguiente descripción de los debates de 1947 en las Naciones Unidas, cuando las delegaciones de los Estados árabes y musulmanes en un subcomité de la ONU respaldaron unánimemente una solución de un solo Estado en Palestina. Sería quizá muy interesante para los estudiosos volver a analizar aquella resolución y sus argumentos y propuestas en favor de un Estado unitario<sup>13</sup>.

### *Lecciones de Sudáfrica*

Como ha ilustrado la discusión precedente, en los análisis de la solución de un solo Estado surge con frecuencia la comparación con Sudáfrica, como fuente útil de experiencias e ideas. Me quedo estupefacta al comprobar que Peled califica de incoherente el tratamiento de esa similitud en *The One-State Solution*, «considerándola en cierto momento irrelevante, pero refiriéndose repetidamente a ella» en lo que llama «simplezas retóricas». En el libro dedico un apartado especial a esa comparación, en el que pensé que mi argumento era del todo transparente:

En resumen, atender a la experiencia sudafricana en busca de guía o inspiración servirá de poco a menos que los responsables políticos adopten también los principios, las normas y los valores que guiaron aquella lucha: esto es, que la supremacía étnica es ilegítima y no puede generar un sistema político justo, y que la democracia civil formal, pese a todos sus defectos e injusticias, es esencial para promover una competencia política por los recursos más igualitaria y pacífica [...] Pero la propia idea de igualdad étnica o democracia multiétnica es explícitamente rechazada por la doctrina israelí dominante. Si ese rechazo es *aceptado* de hecho por la comunidad internacional, la experiencia sudafricana en la eliminación del *apartheid* deberá considerarse irrelevante<sup>14</sup>.

Así pues, la comparación es inútil si uno supone que la paz en Palestina se alcanzará mediante la separación étnica y no mediante una solución de un solo Estado, como el que se creó en Sudáfrica; pero si suponemos que Israel-Palestina debe buscar una solución de un solo Estado, como yo hago, entonces la comparación resulta muy útil.

Mientras completo mi siguiente estudio sobre la cuestión, encuentro muy útil heurísticamente la comparación, especialmente frente a quienes aseguran que los judíos «nunca aceptarán una solución de un solo Estado». Por ejemplo, los temores judíos a la aniquilación a manos de las hordas nativas (árabes) recuerdan mucho los temores y prejuicios afrikáner hacia los africanos. Los afrikáner también creían a los negros incapaces de practicar la democracia e intransigentemente vengativos y hostiles hacia

<sup>13</sup> Véase el texto completo en Walid KHALIDI (ed.), *From Haven to Conquest. Readings in Zionism and the Palestine Problem until 1948* [1971], Washington, 1987.

<sup>14</sup> Tilley, *op. cit.*, p. 142.

los blancos, lo que recuerda las afirmaciones sionistas de que los árabes sólo entienden la dictadura. La transición en Sudáfrica puede ofrecer, por lo tanto, perspectivas de mucho valor para suavizar los temores y juicios judíos. Una vez más, esa disposición requiere también, claramente, una presión externa, del tipo de la campaña de boicot y sanciones internacionales contra Sudáfrica, combinada con huelgas internas, sabotaje selectivo y oprobio moral que hizo a la comunidad blanca sudafricana afrontar la necesidad de abandonar el *apartheid*. Pero todo un conjunto de gestos conciliatorios también permitió a los blancos imaginar que se podía dismantelar el *apartheid* sin arruinarse ni caer en el caos; por ejemplo, las declaraciones formales del Congreso Nacional Africano en favor de una «nación arco iris», las negociaciones secretas en Europa y ciertas garantías internacionales.

Es sorprendente, por lo tanto, que el propio Peled trate de una forma tan simple la comparación, rechazando su importancia al valorar únicamente la capacidad de movilización de los sindicatos. Él cita con cierta extensión el análisis de Mona Younis<sup>15</sup> sobre el CNA y la OLP, que insistía en el importante papel de los sindicatos en la negociación del fin del *apartheid*. Yo no estoy en desacuerdo con esa posición (a menudo citada), y el estudio de Younis está bien argumentado: la percepción por parte de los blancos de que negros y blancos están inextricablemente vinculados en la sociedad sudafricana fue ciertamente clave para su aceptación final del sufragio universal; pero el peso de los sindicatos y de la lucha obrera no convierte en irrelevante para Palestina la experiencia sudafricana. En primer lugar, la transición en Sudáfrica se debió al duro trabajo de muchos agentes, a múltiples niveles y en muchos sectores sociales, y no sólo a los sindicatos (especialmente el COSATU [Congress of South African Trade Unions]). Los estudiosos de la comparación entre ambos procesos deberían explorar esa complejidad, y los activistas deben buscar modos de acción que puedan compensar a los palestinos por su carencia de peso sindical.

En segundo lugar, es intolerable que Peled afirme, de forma tan sumaria, que el movimiento palestino se ha visto «condenado al fracaso» por su «dirección de clase media» (¿de quiénes habla, exactamente? ¿Y cómo se define aquí la «clase media»?) y que sus «cuadros» provenían «principalmente de la población refugiada». Esa última afirmación sorprendería a los millones de palestinos de los Territorios Ocupados, comprometidos duramente en la resistencia durante el último medio siglo. Cierto es que la política de la OLP y el faccionalismo han fomentado la debilidad colectiva de los trabajadores palestinos, perjudicando gravemente la capacidad de presión social palestina hacia el gobierno israelí. Pero muchos otros problemas han contribuido al «fracaso» del movimiento: uno de

---

<sup>15</sup> Mona YOUNIS, *Liberation and Democratization. The South African and Palestinian National Movements*, Minneapolis, 2000.

ellos, y no el menor, un contexto geopolítico dramáticamente diferente, incluido el papel crucial del patronazgo estadounidense y las subvenciones a Israel, algo que, una vez más, está notoriamente ausente del análisis de Peled.

### *Evaluación de las pruebas*

Para concluir, ni siquiera un análisis rigurosamente marxista del conflicto tiene por qué limitarse a examinar el papel de los trabajadores palestinos según el modelo sudafricano. Los israelíes nunca han «excluido [con éxito] a los palestinos de su economía». La fuerza de trabajo palestina formaba parte del proyecto sionista desde su inicio y así sigue siendo, aunque el empleo de palestinos en Israel se haya reducido mucho desde el proceso de Oslo (actualmente se están creando nuevas zonas industriales israelíes cerca del Muro, a fin de explotar ese depósito de mano de obra barata). La economía israelí sigue dependiendo de la mano de obra, la producción y el consumo palestinos, a través de las condiciones impuestas por la ocupación: el mercado cautivo en que Israel ha convertido los Territorios Ocupados y los productos baratísimos que importa a cambio. No está muy claro si Israel podría mantener su nivel de vida acostumbrado sin cosechar esos beneficios en el sector palestino. ¿Se pueden medir estos beneficios ocultos? ¿Se puede convertir esta interdependencia intrínseca en nuevos incentivos para que los israelíes procuren una integración más eficiente? ¿Podrían ofrecer «ases» paulatinas de integración económica la mejor forma de alcanzar una solución estable de un solo Estado? Estas cuestiones ya están maduras para la investigación y quizá para el activismo.

Recibo con gusto cualquier aportación que señale las deficiencias más notables y nuevas direcciones de investigación sugeridas por mi análisis; tales cuestiones abundan en mis propias notas. Pero Peled parece más preocupado por reprenderme que por analizar esas deficiencias y preguntas. Me critica con razón por olvidarme de las FDI y de sus intereses específicos en los Territorios Ocupados, algo a lo que debería haber prestado más atención. Pero su propio resumen, insistiendo en los beneficios de la ocupación para las FDI, es unidimensional y exige tanto un análisis más profundo como entender que el papel controvertido de las FDI en la ocupación también está corroyendo su propio consenso interno sobre esos beneficios. (¿Puede ofrecer alguna perspectiva la desmoralizadora experiencia de las FDI en el Líbano?) También paso por alto cuestiones de género, modos de producción semiproletarios, la duradera importancia de los lazos parentales en la política palestina –como la pertenencia al *hamula* / clan–, la política palestina en la diáspora, la política de los *mizrahim*, el mercado de Oriente Próximo y otras importantes cuestiones y categorías de análisis. En este momento, importantes reconfiguraciones de la política israelí y palestina –marcadas por la desaparición de Ariel Sharon y el triunfo electoral de Hamás– plantean nuevos interrogantes. Todas estas y muchas otras áreas reclaman exploración.

Pero para iniciar esos estudios debemos afrontar la evidencia incontrovertible de que una solución estable de dos Estados en Israel-Palestina ha ido a parar al basurero de la historia. Al ofrecer únicamente afirmaciones no probadas sobre «planes» de paz obsoletos y un análisis asombrosamente despolitizado del problema del agua, hay poco en la aportación de Peled que afronte esa evidencia. La defunción de la solución de dos Estados –que hasta Peled considera moribunda– nos obliga a encarar francamente la situación. Debemos dejar de reñir sobre plantas de desalinización o encuestas de opinión complacientes, y empezar seriamente a sacar consecuencias.